

Poesía continua (Antología). Waldo Rojas. Editorial Universidad de Santiago. Santiago 1995. 137 páginas.

Poesía continua nos entrega, desde su título, la filiación a una idea ancestral y al mismo tiempo nueva: no hay otra fijeza más que la del cambio. El poeta persiste en el cultivo de la palabra, testimonio de su insistencia en el ámbito de la escritura.

MARCELO PELLEGRINI

Poesía continua es, en cierta medida, un primer libro de Waldo Rojas. Extraña resultará esta afirmación para quienes conozcan al poeta de **Príncipe de naipes** (1966), **Cielorraso** (1971), **El puente oculto** (1981), **Almonara** (1985) y **Fuente itálica** (1991) entre otros títulos leídos en su momento de aparición o un poco más acá, pero insisto en ella debido a que ahora se trata de un volumen que, por primera vez, muestra a los lectores chilenos un "continuum" de obra, un panorama, una persistencia de treinta años en el oficio de la palabra. Por otro lado, esta antología viene a re-situar y re-visar todo el

La hija de Heráclito

espectro de publicaciones que Rojas ha desplegado desde sus primeros y casi confidenciales libros chilenos hasta los publicados en España, Canadá y Francia, entre otros lugares, desplegando así, un doble movimiento: el suponer que algunos serán por primera vez lectores de Waldo Rojas y el saber que otros retomarán el recorrido de esa materia poética con fascinación renovada.

Símbolos y arquetipos

Poesía continua nos entrega, desde su título, la filiación a una idea ancestral y al mismo tiempo nueva: no hay otra fijeza más que la del cambio. El poeta persiste en el cultivo de la palabra, testimonio de su insistencia en el ámbito de la escritura. Los sucesivos títulos nos dibujan los distintos jalonamientos de una poesía que sigue ahondando en su propio "sistema", como si ella misma se impusiera sus propias reglas desde dentro. Porque Rojas es un poeta cuya mirada está más centrada en los poemas que elabora y no en los libros que publica y, así, es una conciencia cuya escritura despliega, paso a paso, la emanación de su forma. La poesía, para él, es una persistencia de ciertas ideas u obsesiones, no el muestrario de sus supuestos "dones"; de ahí la presencia del mundo de la cultura como metáfora de la realidad, de los



literaria" fija y "canónica"; rescata, más bien, la idea de una autogeneración de significados a partir de la reflexión lúcida y consciente de sus propios límites en torno a cada palabra: "Cosas de la naturaleza que hablaron para nadie, nuevamente resulta que enmudecen, para vergüenza mía, con una mudez cuánto más clara" ("De rerum natura"). Esa mudez, que de



símbolos y los arquetipos —el río de Heráclito, el Arbol, las Ruinas, el Bosque, el Fuego, el Agua— que hacen de esta poesía una exploración verbal absolutamente consciente de sí misma. De ahí también ciertos anatemas que de tanto repetirse se han vuelto inconsistentes: poesía hermética, oscura, etc. ¿No han leído esos críticos lo que, hace ya tiempo, escribió Lezama Lima: "Sólo lo difícil es estimulante"? ¿Qué se entiende, a fin de cuentas, por "difícil"?

Una poesía que está en constante movimiento rechaza la tradicional noción de "obra

algun modo se comprende, en ocasiones se transmuta en un acuerdo de la palabra con el mundo: "Eran las aguas sorprendidas en pleno estado de pala-

bra./ El cuerpo de todos los hallazgos/ y su voz ya próxima tendida hacia tu encuentro" ("Rosa gris"); "Palabra en germen infructuoso,/ el surtir de la Fuente es ahora un afluyente de irrigaciones estancas" ("Piazza Navona"). Un ir y venir entre lo permanente y lo que fluye, entre la huida del mundo y su "estancia cegada de destellos" nos llevan a la "fijeza en la fluencia, fluidez/ infundida a la quietud", marcada, además, por un inteligente procedimiento de reelaboración de la poesía occidental, como en ese excelente poema que es "Piazza Navona",

donde, desde su comienzo: "No buscas Roma en Roma", se reescribe el famoso soneto quevediano que empieza: "No buscas Roma en Roma, ¡oh peregrino!", que nos habla, precisamente, del río, "lo único que permanece y dura". Extraordinaria lección: ni los imperios ni los hombres, lo que permanece es el mundo transido de palabra, es decir, la Poesía: "Durar equivale a perdurar, se alcanza a leer/ en la cifra del agua;/ ella no prevé meandros ni remansos".